

Memorias de una Guerra Contada, de Grandma para Zoe

Nací en el año '43, por lo tanto mis impresiones de la Guerra Civil son eso, impresiones de una sociedad que se tambaleaba en medio de historias contadas, o mejor dicho, susurradas en el secreto de las familias, siempre con el tinte de cómo le iba a cada miembro de dicha familia, y con la fuerza emocional del que sufre a escondidas, y por lo tanto, sin ayuda ni apoyo.

Las consecuencias de una guerra civil son más desastrosas que las de cualquier otro tipo de guerra, ya que tu amigo y tu enemigo pueden esconderse detrás de la misma puerta. Se vivió, por tanto, con mucho oscurantismo, y mucha necesidad prolongada en el tiempo. En la posguerra, Europa se nos cerró a cal y canto, y la salida de esta situación fue demasiado lenta, hasta el punto de que lo que vivimos no parecía las circunstancias de una guerra normal, sino una estrategia política diseñada para debilitar al enemigo. Las armas empleadas eran el miedo y el terror.

De toda esta lista de puntos que me enviaste, no hay uno que puedo decir que no se dio por aquí (...).

Saliendo de una república que pretendía establecer la democracia, se cerraron las puertas de todas las libertades. Se atacó todo lo diferente, lo incómodo, o que no fuera el gusto de alguien.

Nuestra región tenía algunas ventajas sobre otras (Nota: mi abuela se crió en el pueblo de Bueu, en una familia de pescadores). Nos faltaba el pan, el aceite y otras muchas cosas, pero no faltaba el pescado, y la cercanía con Portugal nos abrió un gran mercado negro; mientras muchos se enriquecían, otros cada vez eran más pobres. Las cárceles estaban repletas de gente sin juzgar, (arrestada) por relatos contados, falsedades o simples desavenencias entre vecinos.

Mi abuelo materno, republicano pacífico, era un carpintero de ribera, es decir, hacía pequeñas embarcaciones, pero por la inestabilidad política del momento, se vio obligado a ser cobrador de arbitrios municipales. Cuando estalló la guerra, por formar parte del ayuntamiento socialista, le buscaban para "pasearlo". En una de estas ocasiones, llamaron a su puerta con gran violencia, pidiéndole que se presentara en el "cuartelillo", la sede de la Falange creada para la ocasión. Mi abuela, sin embargo, le acompañó hasta el cuartel de la guardia civil, porque le daba más seguridad, donde le dijeron que ellos no le habían llamado.

Mi madre y mi hermana también estuvieron varias veces en la lista para raparles el pelo, por haber asistido a un mitin de "La Pasionaria" en la plaza del pueblo. Nunca lo llegaron a hacer, porque un vecino, amigo de mis abuelos, las borraba de la lista, ya que decía: "Estas chicas no se meten políticamente en nada".

No había ningún tipo de libertades, ni de religión, ni de pensamiento, ni de expresión, ni de conducta. La libertad religiosa y la libertad de expresión no tuvieron lugar hasta la entrada de España en el Mercado Común. Mis hermanos y yo nunca fuimos a la Escuela Pública, sino que nos educamos en una academia donde no había presión sobre cuestiones religiosas (Nota: mi bisabuelo era evangélico, mientras que mi bisabuela era católica, formando un matrimonio poco común. Sea como fuere, hijos e hijas heredaron todos la religión del padre, por eso se nombran las presiones religiosas, porque el protestantismo, entre otros, fue perseguido durante la dictadura).

Algo digno de destacar era el caso de los represaliados por el régimen franquista. Conocimos a algunos que vivieron escondidos, sin que sus familias supieran donde estaban, o siquiera si estaban vivos, y otras personas que no les conocían les mantuvieron con vida alimentándolos y ayudándolos en lo que les faltaba sólo por solidaridad.

También por solidaridad, las mujeres del pueblo compartían lo poco que tenían con otras familias cuyos maridos estaban en el frente de guerra y que tenían niños pequeños que alimentar. Era fácil ver a las mujeres yendo y viniendo en la oscuridad del atardecer o de la madrugada con sus mandiles doblados, escondiendo unos huevos, patatas, un pescado, un trozo de maíz...

El racionamiento no llegó hasta avanzados los años cincuenta.

Recuerdo a los niños descalzos colaborando con sus madres para el sostén de la familia a través del "pillaje". Esto era recoger en unos cubos hechos por ellos mismos de latas de conservas vacías el pescado que caía de los cajones de los marineros cuando desembarcaban desde el muelle a

la lonja, e iban llenando un cubo más grande escondido en algún lugar, donde otros niños como ellos no podrían quitar.

Los relatos de estas miserias podrían multiplicarse, pero no es fácil para mí recordar las historias tristes que hemos vivido y no queremos que se repitan.

Outro: Na súa xuventude, a miña avoa decidiu que no se ía casar. Seu pai aprobaría a súa decisión baixo unha condición: debía ser economicamente independente. Así foi como viaxou ata Madrid para estudiar maxisterio. Un día, chegou á casa na que ela se aloxaba un xoven predicador inglés. Non pasou moito tempo ata que namoraron e, cando rematou a ditadura, casaron. No '77 tiveron o seu primeiro fillo, meu pai, e decidiron volver a Galicia. Hoxe en día, viven en Marín, Pontevedra, non moi lonxe de Bueu.

A pesar de que quedaron moitas historias que eu mesma coñezo sen contar, entendo por que a miña Grandma decidiu deixalas a parte, e decidín respetar a súa decisión, obviándoas.